

bién Menéndez Pelayo con una carta en la que como español, como amigo del arte y amigo de la Duquesa, le “enviaba la más entusiasta y cordial felicitación por aquel arranque de alta y nobilísima distinción moral”. Hay algunos apartes de esta carta, como también de la contestación de la Duquesa. Vienen luego algunas informaciones biográficas sobre D. Diego del Corral, y una noticia crítica del cuadro, escrita por José Ramón Mélida, tomada de su estudio *Los Velázquez de la Casa de Villahermosa*.

F. S. A.

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, Bogotá, febrero-marzo-abril 1946, Nos. 396-397-398. Págs. 25-30.

B. SANIN CANO, *En torno a un problema de semántica*.

Presenta el autor algunas consideraciones sobre las posibles causas que actuaron en la evolución semántica de la palabra *mundus*. El atributo de limpieza se transformó en su contrario. *Mundus* que en el lenguaje de los clásicos latinos significaba *limpio, aseado, apuesto, elegante* y también “*tocador, ornamento, vestido, ‘afeite’ de mujer* y además *mundo, universo*”, por evolución lingüística, determinada tal vez por cuestiones religiosas, llegó a tornarse semánticamente en lo opuesto, en lo inmundado.

Examinado el aspecto histórico de algunas palabras en relación con los cambios fonéticos, el maestro Sanín Cano dice que la palabra *mundo* “no parece haber sido de formación popular en los principios del idioma”, sino más bien una voz erudita, que manejada con mayor frecuencia por eclesiásticos, “ingresó al idioma con el significado de ‘entidad un tanto maléfica’”. Afirma el autor que “El sustantivo y el adjetivo no tienen afinidad ninguna ni en su origen ni en su significado”. *Mundus*, *-a*, *-um* y *mundus*, *-i* no sólo tienen afinidad fonética y morfológica sino también semántica: las diferencias de sentido se acusan —es cierto— posteriormente. Ahondando un poco más en el estudio del problema semasiológico presentado, se pueden vislumbrar zonas de indudable afinidad en cuanto a la significación. Comparemos la voz latina *mundus* con la griega *κόσμος* ambas presentadas por Walde al referirse a *mundus*. El término griego encierra la idea de *orden* y el *orden* es un atributo de la armonía y ésta se puede considerar como ornato. En cuanto al origen de *mundus* —como sustantivo o adjetivo— parece haberse desprendido de una misma base: en el antiguo indio encontramos la forma *mundayati* (‘schert, rasiert’) que contiene la idea de *rasurar*; y en el alto alemán, *muzzan*, y *mutzen* en el medio alto alemán con el sentido de adornar, ataviar, limpiar,

etc. ('schmücken, putzen'). Lo que no se puede asegurar es si el sustantivo precedió al adjetivo, o éste a aquél; lo mismo en referencia a su derivación. Walde no admite que *mundus* proceda de **mondos*, -i, pero sí acepta la doble significación de la primera: *mundus*, adorno de mujer ('Putz der Frauen'), cosmos, universo ('Weltordnung, Weltall'). Cf. gr. κόσμος, limpio, decorado ('Schmuck') y universo ('Welt')¹. Meyer-Lübke se refiere a *mundus* de la siguiente manera: "*mundus* 'rein' limpio, puro. Ital. *mondo*,...; afrz., prov. *mon*, span., portg. *mondo*. *Mundus* 'Welt' mundo, universo, siglo. Ital. *mondo*,...; afrz. *mont*, nfrz. *monde*, prov. katal. *mon*, span., portg. *mundo*"².

Para el autor las causas de la transformación semántica de *mundus* se deben a influjos religiosos. El vocabulario cristiano identificó el mal con el mundo.

F. S. A.

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, Bogotá, mayo-junio-julio 1946, Nos. 399-400-401. Págs. 293-300.

GABRIEL ROSAS, *Leibnitz y los estudios filológicos*.

Principia el autor por hablar acerca de las creencias que sobre lingüística existían en la época de Leibnitz. Se pensaba entonces que el hebreo era la lengua originaria del mundo, y así lo afirmaban algunos Padres de la Iglesia. A pesar de que esta lengua se presentaba en los comienzos históricos como un idioma excepcionalmente capacitado en cuanto a su eficiencia expresiva, parecía muy natural tomarla por la primitiva para la especie humana, pero nada más difícil que probar de un modo racional y científico tal conjetura. Leibnitz no aceptó tal creencia ni tampoco compartió con la ridícula y original tesis de Kempe, quien sostenía que Dios en el paraíso había hablado a Adán en sueco, a Eva en danés y a la serpiente en francés.

El siglo XVIII puede considerarse, por la labor desarrollada por el filólogo de Leipzig, como la antesala de la centuria en que había de construirse científicamente la lingüística. "La luminosa visión de Leibnitz" señala una elevada orientación en la ciencia del lenguaje. Surgió un nuevo espíritu, una nueva actividad ante los problemas suscitados por la labor lingüística. Pensaba Leibnitz que con el estudio com-

¹ A. Walde, *Latcinisches Etymologisches Wörterbuch* (Heidelberg 1906), pág. 399.

² Meyer-Lübke, *Romanisches Etymologisches Wörterbuch* (Heidelberg 1913), pág. 424.